

Biografías para
juventudes lectoras

Servando Teresa de Mier

UNA VIDA POR LA LIBERTAD



EDUARDO A. OROZCO PIÑÓN

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

SERVANDO TERESA DE MIER

UNA VIDA POR LA LIBERTAD



Biografías para
juventudes lectoras

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

SERVANDO TERESA DE MIER

UNA VIDA POR LA LIBERTAD



EDUARDO A. OROZCO PIÑÓN

MÉXICO 2024

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2024

D. R. © Eduardo A. Orozco Piñón, textos.

D. R. © Antonio Noel Gutiérrez González, adaptación.

D. R. © José Luis León, ilustraciones de páginas 6-7, 58-59 y 60-61.

D. R. © Emilio Watanabe, ilustración página 19.

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustraciones de portada,
páginas 15, 53 y 54, y edición de imágenes de archivo.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-536-1

HECHO EN MÉXICO

UN ENCUENTRO INESPERADO

La madrugada de un 2 de noviembre, entre la oscuridad, una niña insomne se asomó por la ventana: el aire frío refrescó su cara, y en ese momento escuchó una voz.

—¿Qué haces asomando la cabeza en plena madrugada? ¿No sabes que hoy los muertos regresamos a este mundo?

—Es que no puedo dormir —respondió asombrada—, no tengo nada de sueño y, además, los muertos no me asustan. Sé muy bien que hoy vienen a visitar a sus familiares y amigos.

—Qué valiente eres, niña. Entonces ¿estás esperando a algún familiar?



Las imágenes de la niña insomne
y la momia fueron tomadas del video
"Servando Teresa de Mier", y que puedes consultar en
<<https://www.youtube.com/watch?v=6qhFR6vDfhQ>>.

—No, todos en mi familia estamos bien vivos.
¿Y tú qué haces aquí?

—Regreso cada año, pero ya no tengo a quién visitar. Mi familia y mis amigos murieron hace mucho tiempo. Así que, los días como hoy, vengo a hacer lo que sé hacer mejor: platicar mi historia.

—¿Una historia? ¿Como un cuento?

—Mejor que un cuento, porque esta historia es real, o mejor dicho, fue real. Pasó hace muchísimos años, cuando todavía estaba vivo.

—¿Y la historia es larga? Qué tal que me aburro...

—Imposible. Mi historia es todo lo que tú quieras, menos aburrida. Mira, tú no tienes nada que hacer y yo no tengo a dónde ir, así que déjame contarte lo más interesante de mis aventuras de cuando estaba vivo... y también lo que me pasó después de mi muerte.

Entonces la niña metió la cabeza y, al voltear, vio una sombra de pie en su habitación; cuando se movió, la luz lunar cayó sobre la figura y la niña pudo ver con más detalle: la sombra vestía una especie de túnica negra, como la que usan los sa-

cerdotes en los templos. Pero este atuendo se veía muy viejo, desgastado y deshilachado.

Después le vio la cara... y luego, las manos. Su piel tenía un tono gris oscuro. La silueta era muy delgada, estaba en los huesos, como una momia. Y entonces relató:

UN DESCUBRIMIENTO MACABRO

—Esta historia comienza en febrero de 1861. En ese momento, el bando liberal, encabezado por el presidente Benito Juárez, había derrotado a los conservadores, después de una sangrienta guerra de tres años. Con el triunfo, por fin se pudieron implementar las Leyes de Reforma que, entre otras cosas, buscaban restarle poder y privilegios a la Iglesia. Así, el gobierno mexicano ordenó el cierre y la destrucción de varios recintos religiosos en el país. Durante la demolición de una parte del convento de Santo Domingo, en la ciudad de México, se descubrieron restos humanos, bien conservados y con apariencia perturbadora, fueron

Familia mexicana en Plaza Santo Domingo.
Litografía en color, "Gente de tierradentro. Santo Domingo
y aduana de México", ca. 1840. En Julio Michaud y Thomas,
ed., *Álbum pintoresco de la República Mexicana*, México.



examinados uno a uno y luego se exhibieron en la calle de Leandro Valle, para satisfacer la curiosidad de los habitantes.

—Y las momias llegaron a vengarse... —la niña levantó las manos en forma de garra y simuló tocar un piano macabro— Cha, cha, cha, chan...

—Los periódicos de aquella época dieron a conocer la noticia y se preguntaron sobre el origen de las momias y sobre todo quiénes eran.

—Las momias salen a las calles —la niña toca de nuevo su piano invisible y viejo—, cha, cha, cha, chan...

—Ya para con el piano... Algunos opinaron que eran víctimas de los terribles castigos que infligía la Inquisición; otros dijeron que los cuerpos eran de monjes y que se habían preservado debido a la santidad con la que vivieron.

—Uy, la Inquisición, ahora sí me dio miedo. Ojalá no sean momias que regresen a vengarse de sus torturadores...

—En el mismo año del descubrimiento, un doctor de apellido Orellana se dedicó a identificar a

las momias. En sus estudios descubrió que una de ellas pertenecía, nada más y nada menos —ahora sí, el piano, niña—, nada más y nada menos que a don Servando Teresa de Mier, uno de los personajes más importantes para que México se convirtiera en una nación libre e independiente. Antes de que Orellana diera a conocer sus resultados, las momias fueron vendidas y terminaron en algún país extranjero. Sin saberlo, el gobierno mexicano perdió los restos del “abuelo de la patria”, y aunque intentó recuperarlos, terminaron por desaparecer en tierras distantes.

—¿Por qué siempre se llevan nuestras cosas? Eso es *bullying*, ¿con quién hay que acusar a los extranjeros que nos quitan nuestras cosas? Y, por cierto, ¿quién fue Servando Teresa de Mier? ¿Por qué se le considera un importante héroe de la historia nacional? Y, todavía más interesante, ¿cómo es que su momia terminó olvidada y perdida por las autoridades?

—Preguntas demasiadas cosas —respondió la momia—. Pero te puedo decir que yo fui don Servando.

PARTE I FRAY SERVANDO Y LA NUEVA ESPAÑA

LOS PRIMEROS AÑOS

Don Servando se acomodó un retazo de tela que le resbalaba por el hombro y continuó:

—En el año de 1765, en el día 18 del mes de octubre, nací en la ciudad de Monterrey y recibí los siguientes nombres: José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.

—¿Teresa?

La momia no quiso contestar esa pregunta para seguir con la historia:

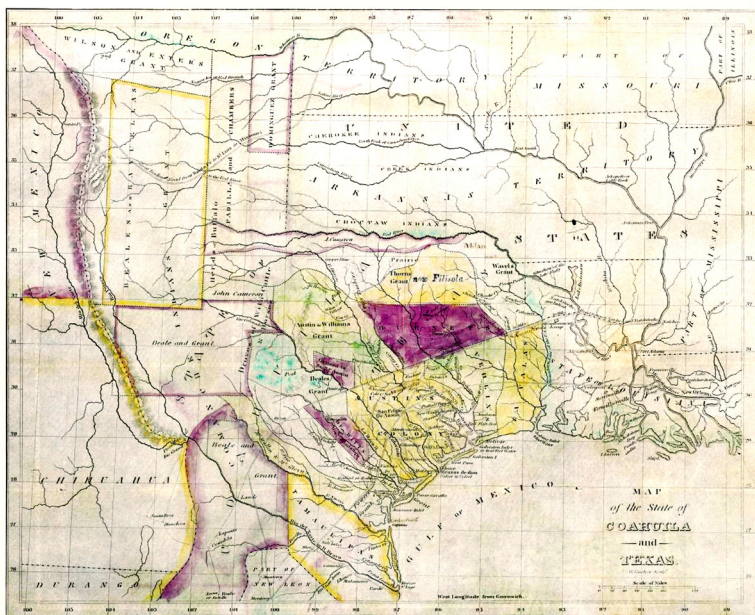
—Crecí entre una familia grande, fui el octavo hijo del matrimonio compuesto por don José Joaquín de Mier Noriega, quien sirvió como gobernador sustituto de Monterrey, y doña Antonia Francisca Guerra Iglesias.

—En aquel entonces el mundo era muy diferente al actual. Para empezar, no existía México como nación, en su lugar estaba la Nueva España,



Servando Teresa de Mier.

que era un reino dependiente del imperio español. Tampoco existían los estados que hoy conforman a nuestro país, así que las regiones de la Nueva España eran llamadas provincias. El norte de la Nueva España era una región enorme y con pocos habitantes. Se dividía en dos zonas muy grandes:



Las provincias orientales abarcaban los actuales estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Texas, que en la actualidad pertenece a Estados Unidos de América. Mapa de Coahuila y Texas, documento creado aproximadamente en 1833, pertenece al fondo de la Biblioteca de la Universidad de Texas, EUA. La intervención en color es nuestra.

las Provincias Internas de Occidente y las Provincias Internas de Oriente.

—Oriente y occidente... —extendía sus dos manitas a los lados para señalar los puntos cardinales.

—Las provincias orientales abarcaban los actuales estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Texas, que en la actualidad pertenece a Estados Unidos de América. Monterrey era la ciudad más importante de Nuevo León, ahí fue donde pasé mi infancia. Cuando tenía nueve años de edad, viví mi primera tragedia: quedé huérfano de madre. Entonces, mi padre decidió contraer matrimonio con doña María Josefa de la Garza y Elizondo. La nueva pareja tuvo cuatro hijos, que acrecentaron mi familia.

—Servando Teresa —la niña pronunció más fuerte el segundo nombre.

—Realicé mis primeros estudios en Monterrey y con el tiempo decidí formarme como eclesiástico. Para comenzar con mi carrera tuve que mudarme a la ciudad de México en el año de 1780. Allí, ingresé a la orden religiosa de los dominicos y empecé a ser conocido como fray Servando. Durante

siete años estudié filosofía en el Colegio de Porta Coeli y en algunas ocasiones trabajé impartiendo clases.

—¿Qué es la orden de los dominicos?

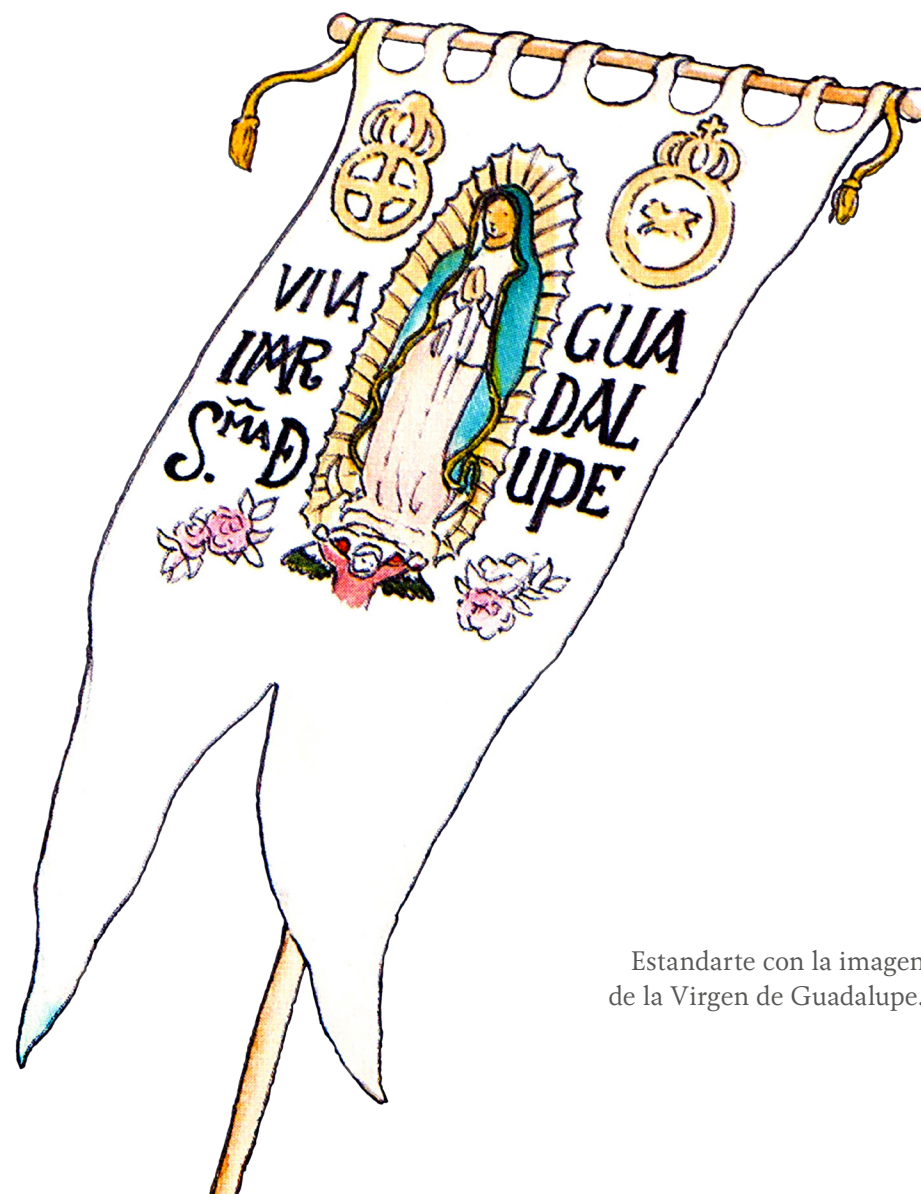
Don Servando hizo un gesto con la mano, con lo cual otro jirón de tela se le descolocó, para indicar que esa pregunta no importaba.

—Tras presentar y pasar los exámenes de la Real y Pontificia Universidad de México, en 1790 obtuve el grado de doctor en teología. Al mismo tiempo que concluí mis estudios, también gané fama de buen y elocuente predicador, pues a la gente le gustaba mi manera de hablar en público. Todo parecía ir bien para mí, pero en 1791 recibí la noticia de la muerte de mi padre, don José Joaquín, por lo que tuve que regresar a Monterrey para atender el funeral.

EL DISCURSO GUADALUPANO

—Mi habilidad como orador me valió varias invitaciones para hablar en público sobre diferentes temas. El 12 de diciembre de 1794 me invitaron

a pronunciar un sermón en la villa de Guadalupe, con motivo del aniversario de la aparición de la virgen. Aquella celebración religiosa era una de las más importantes en la Nueva España, por ello, hablé



Estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

ante la crema y nata de la sociedad novohispana, incluido el virrey.

—La crema y nata —la niña carcajeaba sobándose la panza—, la crema y nata...

—En mi sermón, expresé una serie de ideas que, incluso hoy, pueden parecer descabelladas. En primer lugar, mencioné que el dios de los mexicas llamado Quetzalcóatl, “la serpiente emplumada”, era en realidad un santo cristiano, Santo Tomás Apóstol, quien en tiempos muy remotos se había embarcado rumbo a América para cristianizar a los pueblos indígenas. La evidencia de todo aquello estaba en que la imagen de la virgen de Guadalupe se había plasmado en la capa de Santo Tomás y no en el manto de Juan Diego, como afirma la tradición.

—¿Cómo que la evidencia era una imagen plasmada en una capa?

—Mi sermón dejó atónitos a todos los asistentes a la misa, sobre todo a las autoridades más altas de la Nueva España, como el virrey y los oidores, pues consideraron que mi discurso era peligroso porque significaba que los mexicanos no le debíamos nada a los conquistadores españoles, ni siquiera la reli-

gión católica. De esta manera, los derechos con los que España justificaba su dominación sobre nosotros, los americanos, quedaban anulados. Fue entonces cuando comenzaron serios problemas para mí, pronto fui apresado y juzgado ante el tribunal de la Inquisición por herejía. Como castigo se me condenó a pasar diez años en prisión, pero mi sentencia no la cumpliría en América, sino en España.

—Pobre de usted, don Servando Teresa, se topó con la Inquisición.

—En ese momento, yo no tenía manera de saberlo, pero pasaría los siguientes veintidós años de mi vida en tierras extranjeras, lejos de mi familia, de mis amigos y de mi patria.

PARTE II

UN MEXICANO EXILIADO EN EUROPA

ESPAÑA

—No es ningún secreto que yo fui un hombre culto y educado, que disfrutaba de la lectura, pero también de la escritura. Para entretenerme durante mi

destierro y mis muchos encierros escribí un libro al que llamé *Memorias*. En aquel texto, recuerdo que escribí sobre el castigo que me había impuesto la Inquisición: “No se ha visto un despojo más completo: libertad, honor y patria, bienes; todo se me quitó”.

—Es que la Inquisición, don Servando —la niña movió un dedo índice alrededor de su sien—, era la Inquisición.

—Mi primera prisión fue el monasterio de Las Caldas, en Cantabria, España, donde se me encerró en un calabozo debido a mi carácter rebelde. ¡Allí, tuve que pelear contra varios ratones para que no se comieran mi ropa! Afortunadamente pronto logré escapar de esta cárcel, aunque fui capturado poco tiempo después y me trasladaron a la ciudad de Burgos. En aquel lugar recibí un mejor trato. Incluso se me permitió pedir traslado al puerto de Cádiz, en el sur de España. Como es bien sabido, los puertos son lugares en los que llega todo tipo de gente y mercancías, como libros, que a su vez difunden diversas ideas para cuestionar el orden político y social existente. Por todo ello, Cádiz era

una ciudad con una interesante actividad política en la que yo quería participar. El traslado me fue concedido y cuando iba rumbo al puerto surgió una situación inesperada: al pasar por Madrid, la capital española, las autoridades locales me apresaron y me enviaron a un convento en Salamanca.

La momia dio unos pasos lejos de la ventana, y se vio otra vez como una sombra.

—No me quedó otra opción más que desarrollar una gran habilidad para el escapismo, pues logré fugarme de la prisión salamanquina y me dirigí hacia Burgos, pero en el camino fui nuevamente capturado y encerrado en el monasterio de San Francisco. De ahí también pude escapar, pero entonces decidí viajar a Francia.

—Ay, don Servando Teresa, rebueno para escapar y malísimo para esconderse.

—Era el año de 1801.

FRANCIA E ITALIA

—Durante mi camino a territorio francés, me acompañaron dos soldados españoles que cono-

cían el oficio de zapateros, gracias a ello pronto pudieron ganar algo de dinero. Recuerdo que en mis *Memorias* escribí sobre este momento de mi vida: “como todo el camino es un arenal, padecí infinito [...] por lo muy inflamado de mis pies [...] Mis zapateros comenzaron inmediatamente a trabajar, y ganaban dinero como tierra, mientras que yo, lleno de Teología, moría de hambre y envidia”.

—¿Por qué un estudioso moría de hambre y los zapateros sí ganaban dinero? Ah, porque era doctor en teología...

—Pero no todo fue desgracia para mí, pues la teología resultó ser útil después de todo. En la ciudad de Bayona encontré a unos rabinos, guías espirituales de los judíos, con quienes debatí sobre cuestiones teológicas. “Me lucí tanto en la disputa, que me ofrecieron en matrimonio una jovencita bella y rica llamada Raquel [...] y aún me ofrecían costearme el viaje a Holanda para casarme allí, si no quería hacerlo en Francia. Rehusé, ya se supone, su oferta”.

—Pues sí, cómo se va a casar un fraile.

—Poco después, pasé por la ciudad de Burdeos,

Imagen tomada del libro de Manuel Lucena Salmoral, *Simón Bolívar*, Editorial Alianza, Madrid, España, 1991.



donde conocí a un noble francés que se encontraba allí comerciando azúcar de Cuba. El noble se percató de mi habilidad para entender y comunicarme en varios idiomas, por lo que me dio trabajo como traductor y me convenció de acompañarlo a París, capital de Francia. En esa ciudad permanecí un año dando clases de lengua española. En París, conocí a Simón Rodríguez, pensador y maestro de quien más tarde sería conocido como el “libertador” Simón Bolívar. Con él, abrí una academia de idiomas con la que pude subsistir. Por aquellos días, recuerdo que traduje del francés al español una novela llamada *Atala* o *Los amores de dos salvajes en el desierto*, que era muy famosa y que utilicé como material de apoyo para mis clases. Conforme adquirí mejor fortuna, pensé que ya era tiempo de vivir sin la disciplina religiosa que se me había impuesto al ingresar a la orden de los dominicos. Después de reflexionar sobre el asunto, decidí que no quería pertenecer a ninguna orden, pero todavía me interesaba permanecer como sacerdote. Para realizar los trámites necesarios, a mediados de 1802, partí rumbo a Roma, en Italia.

Allí realicé diversas gestiones sobre aquel asunto y mientras esperaba respuesta viví en la ciudad de Nápoles por tres meses. Cuando regresé a Roma encontré que todo se había resuelto como yo lo quería. Entonces decidí volver a España.

—Don Servando, conoció todos los lugares que yo quisiera conocer, nomás le faltó Corea y Japón.

MADRID Y LISBOA

—Regresé a Madrid en agosto de 1803 y a partir de entonces comencé a ser conocido como el padre Mier (no me pueden seguir llamando *fray* Servando porque ya no pertenecía a la orden de los dominicos). Allí, todavía me persiguieron las consecuencias de aquel sermón guadalupano que pronuncié durante diciembre de 1794, porque fui arrestado de nueva cuenta. “En el momento me ataron como un cohete, y diciéndoles yo reflexionasen que era sacerdote, me pusieron encima un capote”.

—Otra vez pa’la cárcel...

—Entonces me encerraron en un lugar llamado Los Toribios, en la ciudad de Sevilla. “Allí nuestro



Grabado de autor no identificado, representa a Napole3n Bonaparte y fue creado cerca de 1808. Forma parte del fondo de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. La intervenci3n en color es nuestra.

principal martirio, fuera del hambre, era el tedio de la ociosidad, sin ocupación alguna ni libro en que entretenerse”. Tenía ya cuarenta años, pero, “representaba treinta y dos”. De Los Toribios escapé en dos ocasiones, y en la segunda me trasladé a Portugal. Durante mi viaje en barco fui testigo de la célebre batalla de Trafalgar, donde las flotas de España y Francia fueron derrotadas por naves inglesas. Hacia 1805 llegué a la ciudad de Lisboa y la fortuna me volvió a sonreír de manera irónica, pues conseguí trabajo como secretario del cónsul español. Pero mi buena suerte no terminó ahí, ya que en Portugal conocí y debatí con dos rabinos ingleses, a quienes pude convertir al cristianismo. Por esta acción, el papa me nombró prelado doméstico, un cargo de gran honor entre eclesiásticos. Sin embargo, rechacé el cargo y permanecí en la capital portuguesa hasta el año de 1808.

—Hasta se daba el lujo de rechazar cargos —la niña alzó las cejas y puso los ojos en blanco.

—Aquel año fue de enorme importancia para España y todos sus dominios. Para comprender el

por qué, es necesario que conozcamos los acontecimientos políticos de Francia.

—A ver, pues —se sentó y puso un puño para detener su barbilla mientras entrecerraba los ojos.

—En aquella nación, un militar llamado Napoleón Bonaparte destacó por su gran habilidad en el arte de la guerra, había derrotado a varios ejércitos extranjeros y por sus victorias era muy popular entre el pueblo francés, llegando incluso a ser nombrado emperador de los franceses.

—Otro emperador, sí, ya vi esa “película”.

—Entonces, Napoleón decidió conquistar a toda la Europa continental y marchó sobre la península ibérica, invadiendo España y Portugal. Para evitar ser capturados por Napoleón, los reyes portugueses se embarcaron hacia sus dominios en Brasil, desde donde continuaron gobernando. En cambio, la familia real española fue capturada y el trono fue ocupado por José Bonaparte, hermano de Napoleón. Por supuesto que el pueblo español rechazó al nuevo gobernante y para ridiculizarlo lo llamaron “Pepe Botellas”, debido a su afición a las bebidas alcohólicas.

—Pepe Botellas, ja, ja, ja, Pepe Botijo, ja, ja, Pepe Vinitos...

—Cuando estas noticias se conocieron en el Nuevo Mundo, los criollos americanos decidieron desconocer al rey extranjero e intentaron gobernarse a sí mismos. La semilla para la independencia estaba plantada.

—Cha, cha, cha, chan.

LA LUCHA CONTRA EL INVASOR FRANCÉS

—Claro está que yo no podía permanecer ajeno o indiferente a todos estos acontecimientos; de modo que me incorporé a la lucha del pueblo español contra los franceses. Para ello, regresé a España y me enrolé en el cuerpo de los Voluntarios de Valencia sirviendo como capellán y cura entre los soldados que combatían en el frente.

—Eso me estaba preguntando: ¿de qué serviría un sacerdote en plena guerra?

—En 1809, los Voluntarios fuimos derrotados en la población de Balchite y, por enésima vez, fui capturado. Me encerraron en una prisión de la ciu-

dad de Zaragoza y, para no perder la costumbre, me fugué de la cárcel.

—Se podría hacer una serie de televisión sobre todas sus fugas, don Servando Teresa; se llamaría *A la caza del siervo*, digo yo.

—Ya libre, me dirigí al puerto de Cádiz. Desde 1810 aquel lugar era el más importante de

Óleo sobre tela de Salvador Viniegra, 1912.
En la pintura se representan las Cortes de Cádiz de 1812, y pertenece a la colección del Museo Municipal de Cádiz, España.



toda España. Allí se habían refugiado diversos políticos y militares para organizar un gobierno provisional que continuara la lucha contra los invasores. Entonces el gobierno provisional convocó a una asamblea para discutir y redactar una constitución que ampliara los derechos de todos los españoles. A esta reunión, conocida como las Cortes de Cádiz, acudieron representantes de todos los rincones del imperio español, incluidos los virreinos americanos que hoy forman parte de América Latina. Asistí a algunos de los debates de las Cortes y fue entonces cuando me di cuenta de que la Nueva España debía ser independiente.

Don Servando se sentó en la orilla del buró, como si pudiera cansarse y hubiese llegado a lograrlo.

—Al mismo tiempo que ocurrían todos estos acontecimientos, en Guanajuato, Miguel Hidalgo y Costilla se levantó en armas para exigir la independencia de los americanos, con ello comenzó una guerra por la libertad que duraría once años.

Desde ese momento, me interesé profundamente por los asuntos de mi país y comprendí que la causa

de la independencia me despertaba más simpatías que la lucha de los españoles contra los franceses; después de todo, yo también era americano.

—Pues claro, si era de aquí, obvio que luchara por los de aquí.

—En 1811, mientras estaba en Cádiz, leí un libro llamado *Origen de la espantosa revolución de Nueva España* escrito por el español Juan López Cancelada, en el que el autor escribió varias calumnias contra el movimiento de independencia. Ese libro espantoso provocó mi ira y me di a la tarea de contestar y rebatir las mentiras de López Cancelada. Para apoyar la causa independentista, me trasladé a la ciudad de Londres, en Inglaterra. Ahí se estaba reuniendo un grupo de españoles y americanos que trabajaban a favor de la libertad.

CARTAS DE UN AMERICANO EN INGLATERRA

—Una vez asentado en Londres, escribí textos en los que me declaré partidario de la independencia, los cuales fueron publicados en un periódico llamado *El Español*, que editaba José María Blanco



Miguel Hidalgo y Costilla se levantó en armas en Guanajuato
El Grito de Dolores. Óleo sobre tela, siglo XIX. Forma parte de la
Colección del Museo Casa de Hidalgo, INAH. Secretaría de Cultura.

y Crespo, también conocido con el seudónimo de Blanco White.

—Blanco Blanco —la niña se rio muy orgullosa de saber esa palabra—, mejor se hubiera puesto Curly Crespo, je, je, je.

—También redacté mi obra más importante y conocida, la *Historia de la revolución de la Nueva España*, que publiqué en 1813 para combatir las mentiras de López Cancelada. Para evitar la persecución de las autoridades españolas, firmé mi libro con uno de mis nombres y uno de mis apellidos, creando así el seudónimo de José Guerra.

—Pepe War, je, je.

—En 1815 viajé a París, en donde conocí a un joven mexicano llamado Lucas Alamán, quien había participado en los debates de las Cortes de Cádiz. Ambos nos hicimos amigos y compartimos experiencias por las calles parisinas, pero entonces Napoleón volvió a Francia y decidimos regresar a Londres, pues no aceptábamos el dominio del emperador francés. Ya en la capital británica, cada uno siguió su propio camino. Alamán emprendió un viaje de estudio, y yo me hice

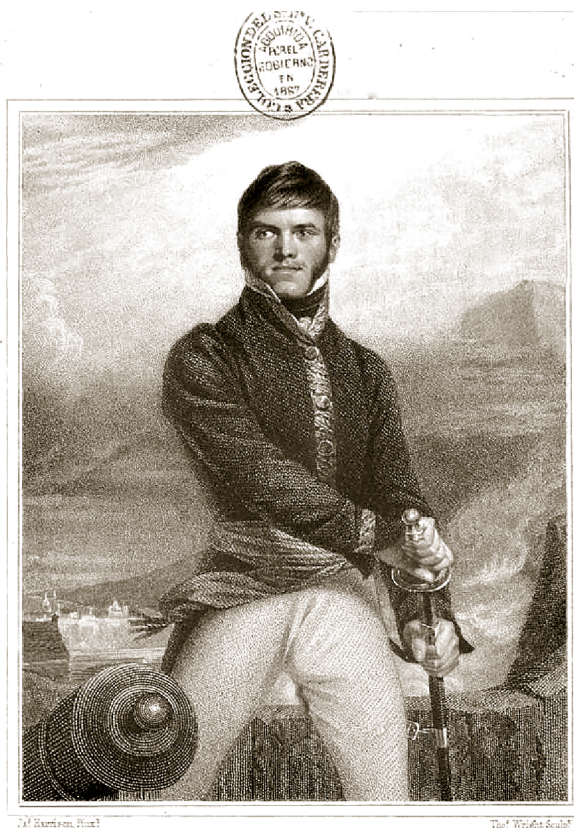
amigo de un joven guerrillero español llamado Xavier Mina.

PARTE III EL REGRESO A LA PATRIA

MIER Y MINA EN LA NUEVA ESPAÑA

—A pesar de que sólo tenía 25 años, Xavier Mina ya era un guerrillero famoso que se había distinguido combatiendo a las tropas francesas en la región de Navarra; pero, se encontraba en Londres en calidad de refugiado. En 1814 Napoleón fue derrotado y el rey de España, Fernando VII, recuperó su libertad. Al regresar a su país, el rey desconoció la constitución elaborada por las Cortes de Cádiz, pues limitaba su poder. En represalia, Fernando arrestó a varios diputados y militares que, si bien combatieron en su nombre, se habían sometido a la autoridad de la constitución. Entre aquellos perseguidos se encontraba el joven Mina.

—Estos reyecitos no entendían que las monarquías eran un espanto, igual que los príncipes



General Xavier Mina.

FROM THE ORIGINAL PICTURE

*Painted a few weeks before he left England.
In the Possession of Tho. Brownwood, Esq.*

London, Print. by Lockington, Maples & Co. 24, St. Paul's Church-Yard.

911-122

Xavier Mina. Litografía de Primitivo Miranda y H. Iriarte, 1870.
Imagen tomada del libro: Vicente Riva Palacio y Manuel Payno,
El Libro Rojo, 1520-1867, México, Díaz de León
y White Editores, 1870.

azules y que las princesitas “buenas para nada” de las películas antiguas.

—Mina y yo coincidimos en un objetivo: independizar a Nueva España. No obstante, nuestras motivaciones eran diferentes. Por un lado, yo tenía tiempo escribiendo y apoyando a la causa americana porque quería ver libre a mi patria; por su parte, Xavier pretendía luchar contra el despotismo del rey, arrebatándole el más rico de sus territorios.

—¿Quién convenció a quién? ¿Fue usted, don Servando, el que tomó la delantera? Después de todo, ya era famoso por su capacidad de convencimiento. ¿O acaso fue Mina quien lo animó a usted para dejar la pluma y tomar la espada? Al fin y al cabo, tenía un gran carisma.

—No logro recordar quién tuvo primero la idea de organizar una expedición militar. Lo cierto es que ambos queríamos ayudar a los insurgentes de la Nueva España que combatían contra las fuerzas realistas. Después de que conseguimos reclutas, dinero y armas, nuestra expedición, a bordo de la fragata *Caledonia*, zarpó del puerto de Liverpool en

1816 rumbo a las costas de Estados Unidos, donde nos dedicamos a conseguir más recursos. Sin embargo, comencé a dudar sobre el éxito de la misión, pues no teníamos suficientes hombres dispuestos a pelear. Xavier, en cambio, tenía confianza en su habilidad para levantar grandes contingentes una vez que estuviéramos en costas mexicanas.

—Usted dudaba y Mina se aventaba, buen dúo.

—Nuestra expedición desembarcó en Soto la Marina, zona ubicada en el actual estado de Tamaulipas. La población era muy escasa y desde ahí no podíamos conseguir refuerzos. Pero, Xavier continuó con su plan y partió hacia el centro del país con la mayoría de sus hombres. En la provincia de Guanajuato tuvo contacto con los insurgentes y coordinó algunas acciones militares. La respuesta de las autoridades virreinales llegó pronto; el virrey Juan Ruiz de Apodaca movilizó amplios recursos y se puso al frente de un ejército para capturar a los expedicionarios. Poco a poco, los realistas derrotaron a los insurgentes que colaboraban con Mina, y a él lo capturaron tras una batalla en la hacienda

de La Caja, en Guanajuato. A los 27 años de edad, Xavier fue fusilado en el cerro de Los Remedios.

—Uy, Mina muerto... ¿Y usted dónde andaba?

—Mientras todo aquello pasaba, algunos hombres y yo permanecemos en Soto la Marina. Repentinamente fuimos atacados por las tropas del realista Joaquín de Arredondo. Entonces nos dimos cuenta de que nos superaban en número y de que no podríamos conseguir ayuda, y decidimos rendirnos. En ese momento sentí que mi destino era ser un eterno prisionero. Arredondo me envió a la ciudad de México para ser juzgado por el tribunal de la Inquisición. Durante una parte del trayecto fui transportado a lomo de mula, y al animal le puse por nombre “Apodaca” en honor al virrey.

—Je, je, la mula Apodaca, la mula virreina...

—En otras ocasiones me ataron a un caballo. Recuerdo que cuando atravesábamos la Sierra Madre Oriental, en medio de lluvias y niebla, por caminos mojados y resbalosos, caí del animal y me fracturé el brazo derecho. Algunos años después escribí unos versos sobre este episodio:

tuve indulto y capitulación
 en Soto, y mi equipaje me robaron;
 por traerme con grillos me estropearon
 un brazo; de ahí fui a la Inquisición.

EL REGRESO A MÉXICO

—Veintidós años después de haber sido exiliado, regresé a la capital de la Nueva España. Aunque llegué con un brazo roto y maltratado por el clima y por mis captores, también arribé como un hombre más experimentado porque había conocido las naciones “cultas” de Europa, sus pueblos, sus leyes y sus ideas. Todas estas experiencias me habían convencido de la necesidad de la independencia de mi patria. En la ciudad de México permanecí encerrado por tres años en la cárcel de la Inquisición:

Sin otra causa que disposición
 del gobierno, tres años me encerraron,
 y a esta cárcel por fin me trasladaron
 con la misma incomunicación.

Juan Ruiz de Apodaca, virrey de la Nueva España. Óleo sobre tela, siglo XIX. Forma parte de la Colección del Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec. Secretaría de Cultura.

—Durante 1820 sucedieron importantes episodios que transformarían al imperio español y que también cambiaron mi suerte. En España, el 1 de enero, un grupo de militares se levantaron en armas para exigir al rey Fernando VII el restablecimiento de la constitución. El rey no tuvo más remedio que ceder a las exigencias de los sublevados. Según el nuevo orden de cosas, el tribunal inquisitorial debía desaparecer y por lo tanto todos sus presos quedarían en libertad.

—¡Bravo! ¡Muera la Inquisición! ¡Muera la Santa Inquisición!

—Pero el virrey Apodaca se negó a liberarme, en cambio decidió trasladarme a otra cárcel y ordenó que se me exiliara en España. Parecía que la historia se repetía. Siguiendo las órdenes del virrey, en febrero de 1821 (poco antes de que se diera a conocer el Plan de Iguala, mediante el cual se unieron Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero para declarar la independencia), fui encerrado en la fortaleza de San Juan de Ulúa en Veracruz y después me embarcaron rumbo a La Habana,

Cuba. Así como estaba destinado a ser prisionero, también lo estaba a ser un gran escapista.

—Obvio, bo... Perdón, obvio.

—En la capital cubana encontré una oportunidad para escapar de mis captores y abordé un barco que me llevó a Filadelfia, Estados Unidos, en donde viví hasta que tuve noticias de la independencia mexicana. Mi patria y yo, al fin éramos libres.

EL DIPUTADO DON SERVANDO

—Al obtener su independencia, México adoptó una forma de gobierno monárquica, con Agustín de Iturbide como su emperador. Pero a los mexicanos todavía les hacía falta una constitución propia. Para realizar esta tarea se convocó a un Congreso Constituyente, en el que diversos diputados de todos los rincones de la nación discutirían y elaborarían los artículos de esta Carta Magna. Por mi fama de gran estudioso, por mi trayectoria y por mis experiencias adquiridas en Europa, fui invitado a participar en este Congreso. Durante los debates, no pude quedarme callado y expresé mi

inconformidad con el sistema monárquico que había adoptado México; en cambio, dije que la nueva nación debía ser republicana, pues así lo habían imaginado los antiguos insurgentes como José María Morelos.

—Claro, a quién se le ocurre hacer una monarquía después de haberse librado de otra monarquía, si es que hasta yo me doy cuenta —la niña cruzó los brazos.

—Además, formé parte de un grupo de diputados contrarios al emperador Iturbide, entre todos intentamos limitar su poder político para que no cometiera abusos. En respuesta, Iturbide disolvió al Congreso y tomó prisioneros a sus opositores, entre ellos yo fui capturado. Así, a los casi sesenta años de edad, fui recluido en el convento de Santo Domingo.

—Cómo se nota que era fraile... siempre encerrado.

—Mientras estuve confinado, estallaron rebeliones contra Iturbide encabezadas por generales de ideas republicanas. Estos movimientos se expandieron rápidamente y terminaron con el gobierno imperial. Entonces el Congreso fue reinstalado



José María Morelos.
Óleo sobre tela, siglo XIX, el autor es Petronilo Monroy, forma parte de la Colección del Palacio Nacional. Presidencia de la República.

REFINTO EN SIL TOTAL
ANTONIO ALDAREZ GARCIA
JUN. DE 1980.



Agustín de Iturbide.
Óleo sobre tela, siglo XIX, el autor es Petronilo Monroy, forma parte de la Colección del Palacio Nacional. Presidencia de la República.

y yo, junto con otros diputados, fui liberado. Así, en 1823 los diputados del Congreso retomamos nuestra labor para redactar una constitución. Por supuesto que yo contribuí en esta tarea, pero además aporté ideas y reflexiones para responder a la pregunta más importante de aquel momento: ¿qué forma de gobierno sería mejor para México? La mayoría de los diputados nos convencimos de que la nación debía organizarse como una república, y desde ese momento nuestro país dejó atrás todo tipo de gobierno monárquico. Pero entonces, dentro del Congreso surgió otra duda que causó varios debates y discusiones: ¿qué tipo de república sería nuestro país, una federal o una central?

—Sí, sí, los que querían república federal y los que querían central. El cuento de siempre: la división de los mexicanos para más guerras y más crisis... Pero siga, siga.

—Los federalistas defendían la existencia de varios estados libres con capacidad para crear sus leyes, impartir justicia y elegir a sus gobernantes; en cambio, los centralistas pedían que los poderes políticos se concentraran en la capital de la

nación, limitando la libertad de los estados. Mi opinión en todos estos asuntos era muy valorada y apreciada, por lo que ambos grupos estaban pendientes de mis palabras. Al ser un asunto importante, tuve que dejar mi opinión por escrito en un texto que se conoce como el *Discurso de las profecías* o *Profecía sobre la federación*. En él, dejé claro que yo era partidario del federalismo porque mientras estuve en Estados Unidos vi que sí funcionaba, sin embargo, también pensé que no era la forma de gobierno adecuada para una nación joven, sin experiencia en gobernarse a sí misma. En el Congreso expresé que si México adoptaba el federalismo de inmediato, nuestro país se separaría y estallaría una guerra civil. Por eso dije que nuestra nación debía transitar poco a poco hacia el federalismo, no imponerlo desde un inicio. Al final, las muchas luchas políticas y militares que estallaron unos años más tarde demostraron que mis “profecías” fueron certeras.

—Ya me *espoileó* el siguiente capítulo.

—A pesar de mis advertencias, el Congreso eligió una forma de gobierno republicana, represen-

tativa, popular y federal, y México obtuvo su primera constitución el 4 de octubre de 1824.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

—Al concluir mi labor como diputado, fui reconocido y respetado por mis aportes para conseguir y defender la independencia de México. En gratitud por mis servicios, el gobierno me otorgó una pensión y el primer presidente que tuvo nuestro país, Guadalupe Victoria, me permitió vivir en el Palacio Nacional.

Desde mi habitación en el corazón de la nación me mantuve activo publicando mis opiniones y reflexiones sobre los asuntos públicos. De igual manera, siempre



Guadalupe Victoria.

estuve atento a las noticias de mi estado natal, Nuevo León, al que siempre consideré como mi patria.

—Don Servando siempre de intelectual, qué bien, lo necesitamos.

—Cuando mi salud se volvió frágil, supe que mi muerte estaba cerca. Entonces convoqué a mis amigos más cercanos

para despedirme de ellos. Entre los asistentes se encontraba mi estimado don Miguel Ramos Arizpe, quien también ayudó con sus letras y sus ideas a consolidar la independencia

de México. En aquella reunión, hice lo que mejor sabía hacer: pronuncié un discurso en el que justifiqué mi vida y mis



Miguel Ramos Arizpe.

opiniones. Mi vida terminó pocos días después, el 3 de diciembre de 1827. Tenía 64 años.

LAS AVENTURAS DE UNA MOMIA

—Comúnmente las dificultades de las personas se terminan en la tumba, pero ese no fue mi caso. Aún me aguardaban extrañas peripecias.

—No podía ser de otra manera para el célebre doctor Servando Teresa de Mier.

—Muy grandes honores recibieron mis restos mortales. El vicepresidente de la república, Nicolás Bravo, presidió mi funeral. Los habitantes de la ciudad de México salieron a las calles para ver el paso de la marcha fúnebre que llevó mi cadáver hasta la capilla de los sepulcros de Santo Domingo para ser enterrado. Durante quince años descansé pacíficamente en mi tumba. Pero en 1842 mi cuerpo, bien conservado y momificado, fue removido para enterrar allí a otro cadáver. Entonces me colocaron en el osario del convento junto a los restos de otros religiosos.



Nicolás Bravo. Óleo sobre tela, 1865. Forma parte de la Colección del Museo de la Ciudad de México. Gobierno de la Ciudad de México.

—Cha, cha, cha, chan...

—Con el tiempo, la gente se olvidó de mí, hasta que, como te lo conté al inicio de esta historia, mi cadáver fue redescubierto en 1861, cuando una parte del convento de Santo Domingo fue demolida.

—De la destrucción de un convento surgen las momias...

—Es entonces cuando todo se vuelve confuso: el doctor Orellana, quien identificó a todas las momias, mencionó en su estudio que cuatro de ellas fueron llevadas a la ciudad de Buenos Aires, Argentina, y otra fue regalada a la Escuela de Medicina para que los estudiantes realizaran prácticas de anatomía. Otros testimonios señalaron que sólo mi cadáver fue llevado a Buenos Aires. Algunos más dijeron que los monjes dominicos no permitieron que se llevaran mis restos, pues cambiaron mi cadáver por el de alguna otra persona. Con el pasar de los años surgió otra versión: dijeron que había terminado en Bélgica, y no en Buenos Aires, exhibido en una atracción de circo que mostraba los supuestos crímenes de la Inquisición mexicana.

—Don Servando hasta Bélgica, como siempre de viajero, y en modo momia.

—La única certeza que tengo es que, en 1861, realicé un último escape, un viaje final y una aventura póstuma, cuyo destino no puedo recordar.

—Y un día volveremos a ver a la momia... —La niña interrumpió su frase porque el primer rayo de sol entró en la habitación desde la ventana.

—Mi tiempo aquí ha terminado —dijo la momia.— Y estoy seguro de que mi historia no te aburrió.



Momia ¿de Servando?

—Ay, don Servando. A ver, ¿cómo sabe que no me aburrí?

—Fácil. Todavía sigues despierta y ya está amaneciendo.

Y era cierto: no había dormido nada, pero tampoco se sentía cansada. Al contrario, se emocionó al pensar que podría contar su experiencia de

aquella madrugada; aunque nadie creería que don Servando regresó para contar sus aventuras. La mejor prueba, pensó, era encontrar a la momia del doctor Mier.



Puedes consultar el video "Servando Teresa de Mier" en <https://www.youtube.com/watch?v=6qhFR6vDfhQ>.



Servando Teresa de Mier

UNA VIDA POR LA LIBERTAD

EDUARDO A. OROZCO PIÑÓN

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.**

Se terminó en la Ciudad de México en noviembre de 2024.

Durante la demolición de una parte del convento de Santo Domingo, en la ciudad de México, se descubrieron restos humanos, bien conservados y con apariencia perturbadora, fueron examinados uno a uno y luego se exhibieron en la calle de Leandro Valle, para satisfacer la curiosidad de los habitantes. Los periódicos de aquella época dieron a conocer la noticia y se preguntaron sobre el origen de las momias y sobre todo quiénes eran.

Una de las momias pudo haber sido la de don Servando Teresa de Mier, quien se distinguió siempre por su pensamiento liberal, lo cual lo llevó a prisión en muchas ocasiones, en distintas ciudades y hasta en distintos continentes. Viajó por Europa y fue representante ante las Cortes de Cádiz por las diputaciones de América. También fue diputado en México durante el Congreso Constituyente de 1824. Entre su obra escrita, la más importante fue la *Historia de la revolución de Nueva España*.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México